

**De la arquitectura en crisis:
En busca de lo arquitectónico en la sublimidad**
Por Carmen Perdomo

Has observado, en tus paseos por esta ciudad, que entre los edificios que la pueblan, unos mudos son, otros hablan, pero en fin, sólo los más raros cantan.¹

Paul Valéry

Uno de los conocimientos básicos que se tiene como alumno de una facultad de arquitectura es la definición de arquitectura en sí, siendo ésta una descripción un tanto genérica. Y es el definirla una y otra vez, una tarea que acompaña a lo largo de toda la carrera universitaria, hasta llegar de manera imperceptible, a tenerse más de una definición a la vez, todas ellas con variaciones entre sí, algunas muy sustanciosas.

Esta problemática en torno a la definición de la arquitectura es manifestación de algo mucho mayor; habla de toda la crisis contemporánea en torno al diseño arquitectónico, y como sus inconsistencias han permeado en nuestro actuar como gremio, y por tanto en todas las edificaciones que conforman nuestras ciudades.

Suele ser al terminar los estudios, el momento en el que pueden suceder dos cosas, la primera, que voluntaria o involuntariamente se olvide uno totalmente de estos cuestionamientos, para pasar a integrarse a la vida en la *praxis*, a diseñar y construir esa arquitectura que difícilmente se puede ya definir, para posteriormente, en segundo lugar, y solo en ocasiones, sentirse uno, no solo completamente incapaz, sino totalmente ignorante y confundido sobre lo que realmente es la arquitectura, y más importante aún, que edificaciones adquieren el carácter de lo arquitectónico.

La existencia de estas inquietudes puede fácilmente comprobarse, pero ya no necesariamente en un entorno laboral, pues a razón de comprenderlo y ampliarlo es necesario trasladarlo a un ámbito académico, y de posgrado de diseño arquitectónico, donde existen más de una visión y postura al respecto, no sólo entre los alumnos, sino también entre los profesores, pues la arquitectura como objeto de estudio está sujeta a una serie de propiedades que por sí solas abren nuevos y polémicos debates al respecto.

Cuestiones como si la arquitectura es arte o no, o si lo arquitectónico es solo lo que alcanza estándares habitables óptimos; si el carácter de arquitectura está sujeto a los valores

artísticos y estéticos o a la experiencia poética; o si puede ser llamada arquitectura solo la de autor, o no si su autor es un ególatra que solo se preocupa por la forma; estos son algunos de los temas que no poseen verdades absolutas.

Incluso, cuestiones más básicas pero a la vez mucho más complejas como la diferencia entre edificación y construcción, entre ocupante y habitante; si se habita al construir o se construye para habitar, son solo algunas de las muchas consideraciones que surgen.

Indagar al respecto es importante para todos los arquitectos, aunque como ya se dijo, muchos han elegido voluntariamente olvidarse al respecto, por lo tanto son muy pocos los que saben o creen necesitarlo, aunque muy en el subconsciente siempre estará presente esa inquietud manifestada con dudas y cuestionamientos, sobre si las soluciones al diseñar y edificar, han sido las mejores y si por lo tanto la obra obtenida sería digna de llamarse arquitectura.

La importancia de esto es vital, porque según la definición de arquitectura que se adopte, serán los criterios bajo los que se rijan las acciones, y de ello dependerá siempre la trascendencia positiva de la figura del arquitecto, tanto del estudiado, como del que no; así como el impacto directo en la vida de los habitantes de cada edificación.

En este texto no se pretende llegar a la definición “correcta” sobre la arquitectura, tampoco encontrar una solución a su problemática actual, porque como bien ya se dijo, en estos temas no hay verdades absolutas, por lo tanto tampoco hay criterios definitivos en la búsqueda de la habitabilidad. Lo que se busca únicamente es traer un poco de luz al pensamiento, propio y colectivo, haciendo un pequeño acercamiento, del brazo de la literatura y la filosofía, al diseño arquitectónico que genera la arquitectura que conmueve, la que es capaz más que otra cosa de favorecer el habitar que enriquece al ser, la realización del mismo y su trascendencia, siendo el objeto de este ensayo, exponer algunas premisas, que nos acerquen a la definición de lo arquitectónico y a encontrar un método a partir de la búsqueda de lo sublime.

Lo anterior puede verse ilustrado en las ideas de Paul Valéry, en su escrito *Eupalinos o el Arquitecto*; donde fue de los primeros en atribuirle como objeto a los espacios estéticos, el que conmuevan, esto ya hace referencia a lo conocido como espacios poéticos: “que mueva mi templo a los hombres, como el objeto amado los mueve”².

En este punto puede pensarse en recuperar en la arquitectura esos valores tan íntimos de la condición humana que refieren a la poética; a partir de la construcción del ser y la espiritualidad.

Toda manifestación arquitectónica, independientemente de su temporalidad, dice mucho de sus habitantes y el contexto geosociocultural que le dio origen, Kosik menciona que “cada época tiene una arquitectura acorde con su ser”³; es así que de la profunda observación y la experiencia con las edificaciones, podemos deducir mucho más de lo que formal y visualmente nos revelan.

De acuerdo a esto, sería tarea del arquitecto indagar y profundizar sobre lo percibido, para poder comprenderlo e incidir en su evolución, siendo necesario recurrir a las primicias del diseño arquitectónico que se obtienen a través de la filosofía, pues desde la *praxis* es difícil alcanzarlas, tal como lo menciona Karel Kosik en su escrito, “cada especialidad entiende la actividad que le es propia, pero no sabe investigar sus premisas y en ese sentido es acrítica. La misión de la filosofía, en cambio es la crítica de las premisas”, de acuerdo a este pensamiento, la filosofía se convierte en un asunto primordial para abordar el diseño arquitectónico y encontrar soluciones a su problemática actual.⁴

La situación actual de nuestras ciudades y edificaciones; de la arquitectura en general es producto de la modernidad, en palabras de Kosik, “no es culpa de los arquitectos sino que responde al dominio del espíritu de los tiempos: la falta de espiritualidad, [...] la deshonestidad, la venalidad, la corrupción”⁵, la gente se deja arrastrar por la hipocresía y por una cultura pretenciosa, materialista y de apariencias, mientras que la verdadera perece, esto puede verificarse mediante lo expuesto por Mario Vargas Llosa, en su libro *La civilización del espectáculo*⁶.

Vargas Llosa encuentra e ilustra una serie de problemáticas en la sociedad actual que de cierta manera han mermado también en el campo arquitectónico, menciona como “la ingenua idea de que, a través de la educación, se puede transmitir la cultura a la totalidad de la sociedad, está destruyendo, -lo que llama-, la alta cultura”⁷, señalando que este proceder democratizador universal de la cultura, solo puede ser posible empobreciéndola y volviéndola cada día más superficial.

El impacto de este acontecer en el campo del diseño arquitectónico, es claro, se nos ha vendido la idea de que estudiando durante cinco años la licenciatura en arquitectura, nos

dota de todos los conocimientos que la implicarían, cuando tal como explica Vargas Llosa, la universalización de la arquitectura, no ha hecho más que empobrecerla y estandarizarla, convirtiéndola en un objeto superficial y a sus autores en entes mecánicos y deshumanizados.

Se critica mucho a la arquitectura y a todas las edificaciones contemporáneas, pero resultado complicado el responder ¿en dónde radica la falla en la arquitectura actual, y si es posible revertir el daño presente y futuro?

Indagando sobre este cuestionamiento, de antemano se reconoce que la modernidad, así como las ambiciones de la revolución industrial que dieron paso a la producción en masa, son unos de los factores más importantes en esta degeneración de lo arquitectónico. Para poder comprender un poco más al respecto, hay que mirar al pasado para entender qué y en qué momento se perdió, Karel Kosik menciona al respecto que “las épocas históricas o bien tienen arquitectura porque son arquitectónicas o no la tienen porque remplazaron la arquitectónica [...] por una impostura o un sucedáneo”, al respecto amplía que “las épocas que remplazan la arquitectónica por un sucedáneo o un símil, convierten lo no verdadero en elemento básico de su existencia”⁸.

Puede afirmarse que la razón de muchas de las degeneraciones en torno a la arquitectura son producto de la pérdida de la arquitectónica en la vida, siendo esto lo que tiene al hombre en esta situación y no le permite vivir como un ser digno. Convirtiéndose en una premisa no solo del diseño arquitectónico sino para la vida diaria, el entender y vivir buscando siempre la arquitectónica del mundo, comprendiendo en palabras de Kosik que:

“La arquitectónica es la unificación de lo sublime con lo trivial, de lo duradero con lo provisorio, del avance con la posibilidad de detenerse. La arquitectónica es una cohesión del tiempo, el espacio y el movimiento, de modo tal que cada uno de los tres elementos mencionados se une a su contrario. [...]La arquitectónica une a lo sublime, lo patético y lo monumental con lo corriente, lo trivial y lo banal; y en esta unión le permite también a lo trivial hacer alarde de su poesía.”⁹

La arquitectura contemporánea reproduce los cimientos anti arquitectónicos de la época moderna, y como la época moderna no tuvo arquitectónica, por lo tanto careció de una

verdadera arquitectura, Kosik también menciona que la responsabilidad de la arquitectura moderna, que bien puede ser la contemporánea, no es solo responsabilidad de arquitectos y urbanistas, sino que refiere a todos y cada uno de los habitantes del planeta, pues mientras se siga negando la arquitectónica en nuestras vidas, se “seguirá produciendo anticiudades, es decir aglomeraciones modernamente equipadas, como sucedáneos de espacios de convivencia y habitación humanas dignos de la gente”¹⁰.

Es así que uno de los problemas principales de la arquitectura moderna y contemporánea es que perdió toda intención de alcanzar valor de sublimidad, pues “el hombre moderno carece ya del sentido de lo sublime y por eso sus edificios son sólo imponentes, no excelsos”¹¹, esto puede verse claramente ejemplificado en la arquitectura egocentrista cuyos alcances formales y logros tecnológicos son efectiva y francamente impresionantes, pero no por eso dejan de ser edificaciones vanas y vacías, donde es evidente que la finalidad del arquitecto autor es únicamente su egoísta trascendencia.

Kosik también expone como “el hombre de la época moderna se siente muy por encima de todo porque todo lo ha reducido al papel de la materia prima”¹². Esto es importante porque el pensamiento moderno es el que rige la sociedad actual y por supuesto las acciones de la mayoría de los arquitectos, siendo los conocidos “superestrellas”, su proceder y desconsideraciones sobre el contexto de cada una de sus obras, evidencia de ello.

En este punto donde ya no hay consideración sobre la tradición, las comunidades y el estilo; mucho menos se toma en cuenta al individuo y su voluntad vital, tal como señala Nicolai Hartmann, “el individuo no puede soltarse arbitrariamente de esta sensibilidad, está apresado por ella como por una forma espiritual común, que piensa y actúa por él”¹³. Y luego nos sorprende, como gremio, el proceder de los ocupantes en las edificaciones, aún en las diseñadas por nosotros, las adecuaciones y remodelaciones, que generan una serie de quimeras, difíciles de comprender formal y espacialmente hablando, y que son manifestación sincera de la morfogénesis cultural contemporánea y de las carencias de la “democratización” de la arquitectura.

Por su parte Worringer expone como no existe un tipo absoluto de hombre, como no existe arte absoluto, señalando que “Lo único constante es la materia de la historia humana, la suma de las energías humanas.”¹⁴ Dando así un carácter de infinito a todas las formas

manifestativas resultantes. La arquitectura, debido a su carácter expresivo, se ve también permeada por esta premisa, dónde cada una de las construcciones arquitectónicas, jamás puede ser igual a otra, porque son necesarias tantas soluciones como hombres en la tierra.

Estas consideraciones en particular resultan enriquecedoras e impactantes, pues según la manera en que la arquitectura se ha universalizado, se le ha restado, no solo carácter artístico a las construcciones, sino además se les ha negado el enriquecimiento colectivo que surge de la individualidad, donde es imposible sumar objetivamente las energías humanas, pensando que todas ellas tienen el mismo valor.

Aquí, es donde se origina la polémica sobre lo que es arquitectura, los malos diseños del gremio ¿aún merecen ser reconocidos como tal?, mientras que las construcciones de los ocupantes ¿podrían alcanzar el carácter de lo arquitectónico con todo y sus limitantes?

Las edificaciones, de cualquier tipo, tienen una importancia vital en la condición humana, pues tal como lo señala Hartmann, “[...]todos necesitamos un techo sobre la cabeza, y podemos llegar a estar en un situación en que necesitemos construir: y tenemos que hacerlo aun sin ser artistas. El arquitecto medio no es tampoco artista. Sólo puede construir como se construye”¹⁵.

Este precepto es importante para reconocer y hacer una introspección en nuestro proceder personal y como gremio, pues el hecho de identificarnos como arquitectos, no nos dota del carácter de artistas, donde lo importante sería seguir una metodología del diseño capaz de acercarnos a la creación de una arquitectura que alcance los estratos más profundos de la obra arquitectónica, pudiendo tomar para ello como punto de partida, las ideas de Nicolai Hartmann en su tratado sobre estética.

Hartmann también señala como “el hombre construye su morada tal como se concibe a sí mismo, sus ideales”¹⁶, así que puede aludirse a eso la aparición de las peculiaridades en las construcciones de pueblos, ciudades y épocas, es significativo destacar la importancia de la vida en el diseño arquitectónico contemporáneo, dotando a toda edificación que se proyecte, en su contemplación y utilización diaria de una retribución a la confianza que se deposita en nosotros, buscando lograr y priorizar siempre, que lo habitable sea más que soportable y adecuado, para en palabras de Hartmann, “configurar en general formas que sean suficientes para un anhelo anímico superior, es decir, aquellas que expresan algo del

ser anímico y de la postura interior”¹⁷, no sólo de sus creadores, sino de sus habitantes, buscando a través de esto el verdadero trascender de la arquitectura.

Para comprender más sobre la arquitectura como medio para la trascendencia, se retoma a Vargas Llosa que expone como los criterios actuales consideran cultura a la “suma de creencias, conocimientos, lenguajes, costumbres, atuendos, usos, sistemas de parentesco y, en resumen, todo aquello que un pueblo dice, hace teme o adora”¹⁸, conceptualización con la que él no podría estar más en desacuerdo, pues expresa como aunque el propósito de esta ampliación de la cultura no podría ser más generoso, ha tergiversado la visión de lo culto y la adquisición de lo mismo, relegando a lo que en el pasado fue la cultura, a algo actualmente reconocido por él como “alta cultura”, aislándose a altas esferas intelectuales lo que un día fue toda “propensión a enriquecer al espíritu, esa sensibilidad y cultivo de la forma que da sentido y orientación a los conocimientos”¹⁹, en palabras de T. S. Eliot “todo aquello que hace de la vida algo digno de ser vivido”²⁰.

Con la arquitectura sucede algo parecido, la posarquitectura nos ha envuelto en una serie de manipulaciones retóricas a través de la cual se perdió la definición de arquitectura, condenando a todos los que exploramos y diseñamos con criterios de habitabilidad distintos, retomando ideas desde las humanidades, a esferas intelectuales muchas veces incomprendidas y prejuizadas, provocando que nuestras construcciones, reales, virtuales e ideológicas no puedan fácilmente encajar en la arquitectura democratizada, haciéndonos en el rubro autores de “alta arquitectura”.

Lo anteriormente expuesto puede sonar pretencioso o discriminatorio, pero no ha sido la intención, sino únicamente se trata de comprender la polémica en torno a la arquitectura contemporánea, y más que otra cosa ponerle nombre al producto de la inquietud que generó las reflexiones de este texto. Poder llamar de alguna forma, para distinguirla del resto, a la arquitectura cuya intención es “una aspiración a la trascendencia, es una apuesta a trascender”²¹, siendo esta, siempre, la motivación de la “alta arquitectura” como de la “alta cultura”: alcanzar los más altos niveles de trascendencia y espiritualidad.

Paul Valéry por su parte también plantea en su escrito esta posibilidad de alcanzar la más alta realización a través de la belleza en el mundo sensible, es decir de las cosas materiales como lo es la arquitectura; y realiza un planteamiento, exclamando que los hombres virtuosos, vinculados al mundo sensible y a gracias corporales, serían capaces de

lograr “la construcción de sí mismos a través de su obra”²². Bajo este pensamiento él introduce los criterios de estética que conllevarían la exaltación de las actividades del arquitecto, a partir de esta revaloración del obrar Valéry expresa:

“Dime, [...] si has observado, en tus paseos por esta ciudad, que entre los edificios que la pueblan, unos mudos son, otros hablan, pero en fin, sólo los más raros cantan. No es su destino, ni siquiera su traza general, lo que a tal punto los anima, o a silencio los aminora. Esto procede del talento de su constructor, o quizá del favor de las musas.”²³

Según Valéry, los edificios que cantan, las obras maestras, serían las que alcanzarían la verdadera belleza, y la labor de su constructor sería de una alta implicación y trascendencia espiritual, “imagina un mortal que imagine así esa profundidad y que construya”²⁴.

La fusión entre cuerpo y espíritu para la construcción bien ordenada, sería la principal condicionante para alcanzar la perfección en el diseño arquitectónico; es interesante ver como Valéry propone un equilibrio entre lo sensible y lo inteligible, lo cual de cierto modo es un aporte mayor, particularmente para la construcción de una metodología. Valéry prioriza de entre todas las bellas artes, a la arquitectura; pues reconoce otros valores contenidos dentro de la estética de las edificaciones, como el que conlleva el visualizarlas como un espacio habitable, ampliando la tarea del arquitecto a cuestiones más ontológicas:

“¡Somos, nos movemos, vivimos en la obra del hombre! [...]Allí de algún modo respiramos la voluntad y las preferencias de alguno. Nos encontramos habidos, señoreados dentro de las proporciones que él escogiera. No acertaremos a escaparle.”²⁵

El comprender lo anterior es muy importante para impactar en nuestro actuar como arquitectos, pues la revalorización de nuestras construcciones como espacios habitables que permean en la vida de los ocupantes, puede cambiar la mentalidad de todo el gremio, y para lograr un cambio puede recurrirse a las ideas de Karel Kosik sobre el encuentro con lo sublime y como este “arroja al hombre fuera de las relaciones habituales y lo traslada a un mundo distinto, desconocido, misterioso.”²⁶

Puede afirmarse con certeza que estos criterios se acercan a la definición de un habitar poético. Para el entendimiento de lo anterior expuesto, es importante recuperar la cita textual de las palabras de Kosik, definiendo lo sublime:

“Lo sublime no está incorporado de manera primaria a ningún objeto fuera de nosotros sino que es en esencia un movimiento que nos arranca de lo cotidiano y lo trivial, que transforma nuestra dependencia del sistema de necesidades materiales en necesidad metafísica de la verdad, la belleza, el bien, lo poético. La sublimidad es un poder que no conduce al hombre a la irrealidad, al ámbito de la fantasía vacua, sino a un respeto productivo y fundacional que hace habitable el mundo y lo protege de caer en la mediocridad. La sublimidad no consiste en estar por encima de lo que sucede sino en un poder que libera a la gente del yugo de los estereotipos, de la esterilidad, de la imitación, y es un poder transformador, fundacional.”²⁷

Es así que cualquier diseño arquitectónico tendría como finalidad principal esto, la búsqueda de un equilibrio entre lo material y lo inteligible; entre el cuerpo y el espíritu; entre lo trivial y lo sublime; propiciando el encuentro del habitante con lo poético, con eso que atrae al hombre y lo eleva a las alturas, alcanzando los estratos más profundos del alma; hablando en términos de un trascender espiritual.

¹ VALÉRY, P. *Eupalinos o el Arquitecto*. México: Antonio Machado, 2001. p. 31

² *Ibid.* p. 22

³ KOSIK, K. *Reflexiones Antediluvianas*. Editorial Itaca, México, 2012, p. 54

⁴ *Ibid.* p. 53

⁵ *Ibid.* p. 77

⁶ Refiere al libro de Mario Vargas Llosa: VARGAS, M. *La civilización del espectáculo*. Alfaguara. México, 2012.

⁷ VARGAS, M. *La civilización del espectáculo*. Alfaguara. México, 2012. p. 15

⁸ KOSIK, K. *Reflexiones Antediluvianas*. Editorial Itaca, México, 2012. p. 55

⁹ *Ibid.* p. 77

¹⁰ *Ibid.*

¹¹ *Ibid.* p. 69

¹² *Ibid.*

¹³ HARTMANN, N. *Estética*. UNAM, México, 1977, p. 257

¹⁴ WORRINGER, W. *La esencia del gótico*. Fondo de Cultura Económica, México, p. 20

¹⁵ HARTMANN, N. *Estética*. UNAM, México, 1977, p. 149

¹⁶ *Ibid.* p. 249

¹⁷ *Ibid.* p. 255

¹⁸ VARGAS, M. *La civilización del espectáculo*. Alfaguara. México, 2012. p. 66

¹⁹ *Ibid.* p. 16

²⁰ *Ibid.* p. 70

²¹ *Ibid.* p. 19

²² VALÉRY, P. *Eupalinos o el Arquitecto*. México: Antonio Machado, 2001. p. 30

²³ *Ibid.* p. 31

²⁴ *Ibid.*

²⁵ *Ibid.* p. 41

²⁶ KOSIK, K. *Reflexiones Antediluvianas*. Editorial Itaca, México, 2012. p.68

²⁷ *Ibid.*

Bibliografía

HARTMANN, N. *Estética*. UNAM, México, 1977.

KOSIK, K. *Reflexiones Antediluvianas*. Editorial Itaca, México, 2012,

VALÉRY, P. *Eupalinos o el Arquitecto*. México: Antonio Machado, 2001. [Recurso electrónico]

VARGAS, M. *La civilización del espectáculo*. Alfaguara. México, 2012.

WORRINGER, W. *La esencia del gótico*. Fondo de Cultura Económica, México.